

La distancia entre los dos...

El episodio de las cooperativas rurales de seguridad puso en evidencia, una vez más, los criterios encontrados entre Horacio Serpa y Fernando Botero.

Cuando fueron nombrados ministro de Gobierno, el uno, y ministro de Defensa, el otro, llegaron a un acuerdo: no podemos dar papaya.

Se referían a la necesidad de no propiciar enfrentamientos públicos sobre asuntos de gobierno, pues a lo largo de la campaña se había hecho evidente que estaban en bandos distintos en materia ideológica.

El pacto lo mantienen: públicamente no existe ninguna diferencia. Por el contrario, una y otra vez desmienten que haya enfrentamientos internos y, en lo personal, las relaciones no pueden estar mejores.

Sin embargo, la misma razón de sus cargos los ha colocado en las orillas extremas del gobierno de Ernesto Samper pues mientras Fernando Botero Zea es el ministro de la guerra, Horacio Serpa Uribe es el de la paz.

Y la distancia no solo la ha dado la naturaleza de los cargos, sino la misma personalidad de los protagonistas. Botero es de las nuevas generaciones de políticos, formado en universidades norteamericanas, experto en encuestas y con un computador portátil que despliega en cuanto se sienta a una mesa.

Cuestión de estilos

Serpa es hombre de provincia, se formó como juez en polvorientos pueblos de Santander, es un hábil negociador con los miembros de la clase política y aún carga el maletín marrón de sus tiempos de congresista.

Las profundas diferencias en los asuntos políticos y sociales comenzaron a exteriorizarse desde antes de la campaña política, pero fue en ésta donde cobraron más fuerza.

Y en los cuatro meses que lleva el Gobierno, sus puntos de vista han sido bien distintos en los consejos de ministros. Cosa natural, si se tiene en cuenta que ese es un foro de deliberación en el que no tiene por qué haber unanimidad. Pero ha habido temas concretos en los que ha sido difícil el consenso absoluto.

Se notó en los alcances del fuero militar, cuando se discutió la ley de desaparición forzada; se notó en el manejo de la campaña política de octubre, cuando hubo informaciones sobre presencia de narcotráfico y guerrilla en algunos municipios, y se notó en la información sobre las 59 alcaldías que supuestamente habían quedado en manos de esos grupos.

La más notoria diferencia de todas ocurrió esta semana con el episodio de las Cooperativas de Seguridad rural, tema que toca las fibras de importantes sectores de la vida nacional. Botero propuso su creación, según dijo, por iniciativa del presidente Samper. Y Horacio Serpa, ministro de Gobierno, no la ha apoyado ni rechazado en público.

Para Botero se trata de una fórmula que permitirá, mediante la plena vigilancia del Gobierno, crear grupos de civiles armados que estén a la defensiva en los campos ante las continuas incursiones de las guerrillas. La propuesta original está dirigida hacia la defensa de los ganaderos, uno de los sectores más golpeados por el secuestro, el boleteo y la vacuna.

Pero Serpa, según algunos de sus allegados, se hace otras preguntas.

Si hoy se arma a los ganaderos, mañana serán los bananeros, pasado mañana los sindicalistas, luego los cafeteros y así se puede desencadenar la creación de una serie de ejércitos privados que estarán en igualdad de condiciones para actuar en busca de seguridad.

Es preferible, de acuerdo con la postura que en otras ocasiones ha sostenido Serpa, armar a los que deben estar armados por Constitución y por ley: los miembros de la fuerza pública. Este asunto de las cooperativas, en fin, ha sido el más elocuente reflejo de las diferencias entre los dos ministros que, además, fueron mencionados por un grupo de congresistas como dos presidenciables fijos para el 98.

Algunos antecedentes

De alguna manera recuerda el distanciamiento que hace cuatro años estaba al rojo vivo entre dos ministros del gobierno Gaviria: Ernesto Samper, de desarrollo, y Rudolf Hommes, de Hacienda.

¿Qué hizo Gaviria entonces? Dejó crecer la confrontación pero luego tomó partido y dio el puntillazo final a favor de Hommes, cuando decidió que la apertura económica, que Samper reclamaba gradual y selectiva, fuese total y de una vez.

¿Qué hará Samper ahora?

Botero y Serpa fueron su brazo derecho en la campaña, aunque de Serpa se dice que es más bien el izquierdo.

Si me pasa algo, el hombre es Serpa, se le escuchó alguna vez decir a Samper en el fragor de la campaña. Lo dijo a propósito de la zozobra que significa andar de pueblo en pueblo y de tarima en tarima en un país en el que hace apenas cuatro años habían matado tres candidatos presidenciales.

PERIODICO: EL TIEMPO

FECHA: DICIEMBRE 4 DE 1994

TEMA: DERECHOS HUMANOS

La división del trabajo en la campaña no podía ser mejor. Serpa se encargaba de la manzanilla en Repelón y en Sogamoso, en Barranquilla y en Bolombolo, mientras Botero importaba asesores norteamericanos, se entendía con los medios de comunicación y entraba como Pedro por su casa en los clubes sociales.

De allí que a Samper, conciliador por naturaleza, le quede muy complicado escoger entre estilos tan disímiles pero tan de sus entrañas políticas como los que ostentan ellos dos. Lanzada la propuesta de las cooperativas de defensa, que según se supo no fue tema de consejo de ministros ni conocida previamente por Serpa, el propio Presidente declaró el lunes pasado que se trataba de algo que está siendo apenas evaluado por el Gobierno .

Y desde ese momento se intentó bajar el tono a la polémica.

Fuentes de la Casa de Nariño indicaron que se le había puesto mucha tiza a la polémica, pues en últimas de lo que se trata es de darle un mensaje a la guerrilla: si bien con la propuesta de paz que el Presidente formuló desde Popayán se había mostrado la zanahoria, con la propuesta de armar civiles se estaría mostrando el garrote.

De todas formas, el episodio sirvió para poner en evidencia que, en los temas más delicados, a Botero y a Serpa les resulta muy difícil no dar papaya